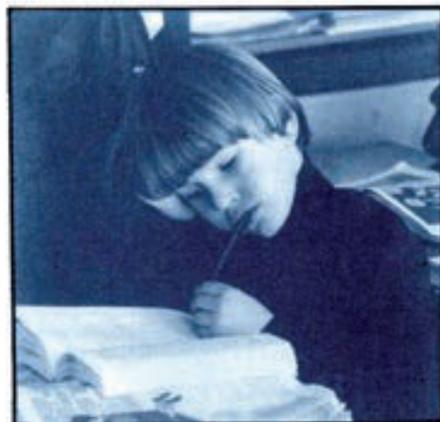


Lectores infantiles (2)

Lectura y proyectos de vida



Hablábamos en el número anterior (P.M.n. 127) sobre la afición a la lectura intentando describir en sus términos más generales el proceso de desarrollo de esa afición. Me parece importante recordarlo para proceder al planteamiento de esta segunda parte del artículo puesto que cuanto en ella se diga o se concluya sólo tiene sentido si hablamos de lectores aficionados y no de lectores eventuales o casuales.

La afición a la lectura no indica solamente una sensible disposición del sujeto a las propuestas literarias, estéticas, emocionales o intelectuales del libro en cuestión; en no pocos casos, esa buena disposición permite que el libro vaya más allá y se convierta en auténtica propuesta de vida para el lector. Esa propuesta se puede entender tanto como un cambio de mentalidad, un viraje ideológico o simple y llanamente como un proyecto de vida en sus realizaciones más inmediatas: elección de una carrera, un trabajo e incluso un determinado lugar para vivir.

Caballeros lectores

Al frente de estos hipotéticos lectores podríamos colocar como referencias sobradamente conocidas a dos personajes que por tópicos ilustran cada cual a su manera lo que decimos: hablo de Don Quijote y de Iñigo de Loyola.

El primero, tal como nos lo pinta Cervantes, es un empedernido y lunático lector de los libros de caballerías, hasta el punto de que quienes intentan volverle a sus cabales comienzan la terapia por la quema de la biblioteca del caballero. Don Quijote resulta, pues, un modélico ejemplar de lector aficionado, patológicamente influenciado por las propuestas de sus libros de los cuales extrae el código alucinado de su conducta de caballero andante. Su proyecto de vida nace y se desarrolla conforme a las pautas de lo leído.

El caso de Iñigo de Loyola difiere del de Don Quijote en su punto de partida; que nosotros sepamos, la afición del capitán a la lectura no alcanza los caracteres febriles del personaje cervantino aunque sí sabemos que compartía con él una idéntica afición al mismo género literario, los libros de caballerías. Su «quijotización», cambio, conversión o viraje de la mente, como quiera que se le llame, que le ha de llevar por caminos bien distintos de los recorridos hasta entonces, ocurre en principio por razones fortuitas: la herida de una bala de cañón le obliga a guardar reposo y le proporciona de paso un tiempo de ocio suficientemente amplio para dedicarlo a la lectura; por otro lado, y es la segunda circunstancia, la falta de novelas de caballerías en la biblioteca familiar le fuerza a la lectura de lo que tiene más a mano: el «Flos Sanctorum». El fuerte impacto de estas lecturas y la traducción de lo leído a un proyecto «práctico» de futuro se muestra claramente en el comentario monologado del lector:

—«San Francisco hizo esto, Santo Domingo hizo esto... ¿y yo no lo tengo de hacer?»

Dejando a un lado disquisiciones sobre la naturaleza última de estos discursos y sus consecuencias, lo que nos interesa señalar es, una vez más, la im-

portancia de la lectura y su relación con una hipotética opción de vida o de tarea.

Los buenos y los malos

Sin duda por el convencimiento de que las lecturas no son, efectivamente, pasatiempos inocuos para gente desocupada sino dispositivos de alto voltaje de influencia sobre el joven lector, han ido apareciendo de tiempo en tiempo algunas guías de lecturas, a veces tan maniqueas como la titulada «*Novelistas buenos y malos*». Unos y otros, pero sobre todo los segundos (parece suponerse que la inercia hacia «el mal» es más irresistible que la tendencia hacia «el bien») son, de alguna manera, operativos en el lector. Por cierto, una de esas novelas catalogadas entre las «malas» era «*Madame Bobary*», de Gustave Flaubert; y lo curioso es que en esta novela se nos cuenta el caso de una mujer incapaz de adaptarse a la vida real a causa (al menos en principio) de los falsos modelos de vida extraídos de sus lecturas durante sus años de internado en una institución religiosa. Todo un aviso para jovencitas lectoras desprevenidas.

El futuro entre página y página

Pero dejando a un lado el terreno moral que ha sido el que ha preocupado mayormente a los educadores, queremos insistir en otro tipo de sugerencias de orden más práctico derivadas también de las lecturas.

Fernando Savater, en «*La infancia recuperada*» (Ed. Taurus) recuerda y comenta una cita de Walter Benjamin que formula exactamente la cuestión:

Señala Benjamin: «Un rasgo característico de muchos narradores natos es la orientación al interés práctico». Y un

poco más adelante: «Todo lo cual indica la naturaleza de una verdadera narración. Esta lleva consigo, encubierta o abiertamente, una utilidad. La utilidad consistirá una vez en una moral; otra, en una indicación práctica, y otra, en un proverbio o en una regla para la vida, pero en cualquier caso el narrador es un hombre que da un consejo a quien lo escucha». El interés práctico y el consejo sapiencial forma parte del carácter esencialmente esperanzador de la narración. El narrador incluye a su oyente en el relato mismo, en calidad de futuro protagonista, y le advierte de unos peligros que, por el solo hecho de escuchar, comienza ya a correr. Lo hermoso de la crónica de la aventura es sentirla como prólogo e iniciación de nuestra propia aventura. (pág. 24)

Esta bella proposición nos la confirma prácticamente un apasionado lector, luego autor, llamado Graham Greene. En su libro «La infancia perdida», al que también nos referíamos en el número anterior de la revista, comenzaba diciendo:

«En la infancia todos los libros son textos de adivinación que nos hablan del futuro y, al igual que la pitonisa que ve en las cartas un largo viaje o una muerte en el agua, influyen en nuestro futuro». («La infancia perdida», Seix Barral, pág. 9)

Pero en el caso de Graham Greene esa influencia adquiere caracteres singulares. Al recordar su lectura de «Las minas del Rey Salomón», escribe:

«De no haber sido por este relato romántico de Allan Quatermain, sir Henry Curtis, el capitán Bueno y, sobre todo, la anciana bruja Gagul, ¿habría yo a los diecinueve años estudiado la lista de empleos de la Oficina Colonial y habría estado a punto de alistarme en la marina de Nigeria? Y más adelante, cuando sin duda debería haber tenido más conocimiento, la vieja fijación africana subsistió... ¿No fue la incurable fascinación de Gagul, con su amarillo cráneo desnudo y su arrugado cuero cabelludo, que se movía y contraía como la caperuzas de una cobra, lo que me indujo a trabajar durante todo 1942 en una oficina sofocante de Freetown, Sierra Leona?» (id. p. 11)

Si Graham Greene acabó desprendiéndose, como de otra vieja piel de cobra, de sus aficiones coloniales para estabilizarse en su tarea de escritor, ello no ocurriría sino, una vez más, mediante las sugerencias de tempranas lecturas adolescentes:

«Pero cuando —tendría por entonces unos catorce años— cogí de un estante



de la biblioteca La Vibora de Milán, de miss Marjorie Bowen, para bien o para mal se inició realmente el futuro. A partir de aquel momento empecé a escribir. Todos los demás futuros posibles se alejaron: el funcionario público en potencia, el catedrático, el empleado, tenían que buscarse nuevas encarnaciones» (id. págs. 12-13)

El testimonio de este lector/escritor resulta, cuando menos, ilustrativo de esa imprevisible relación entre libros y futuro. ¿Pero estamos ante un caso singular, ante el caso Graham Greene irreplicable en sus características a cualquier otra escala que no sea la suya propia?

Ciertos interrogantes

Creo que se ha producido un hecho bastante sintomático: tanto los padres como los educadores (hablo en general) han dejado de preocuparse prioritariamente por la clase de lecturas de los hijos y los alumnos. Su atención, su vigilancia y su regulación censorial se ejerce, en todo caso, con la televisión, lo cual puede significar que las viejas prevenciones ante el libro han cedido ante los nuevos recelos que suscita el medio televisivo; consecuentemente, el poder de sugestión del libro habría perdido, en su opinión, la primacía. Es posible que no exista en adelante «El príncipe que todo lo aprendió en los libros» pero sí el no menos atolondrado que todo lo aprendió en la televisión. Pues bien, en este contexto, tanto el testimonio de Greene como el de Jean Paul Sartre a quien citábamos en la primera parte del artículo, estarían, de algún modo, fuera de época. Eran lectores «pre-televisivos», y como tales, serían únicamente representativos de cuantos siguen perteneciendo a la especie lectora a toda costa.

Sin embargo no deja de ser ésta una manera un tanto apocalíptica de ver las cosas puesto que es un hecho que esa «especie lectora», a niveles estimables, se sigue manteniendo entre los más jóvenes, que la mejor escuela intenta recuperarla y potenciarla y que



los modelos de vida o ideales de futuro elaborador a partir de las lecturas constituyen un estímulo, pese a sus ambigüedades y utopías, para el desarrollo de la personalidad.

ACTIVIDADES

1. Se trata, ante todo, de constatar qué conciencia tiene el grupo de este tema; puesta en común de datos que cada uno pueda aportar: datos de experiencia personal, datos observados en los hijos, en los alumnos... ¿No hay datos concretos? Entonces pasamos al punto siguiente.

2. Discusión grupal directamente centrada en el tema del artículo: ¿Influyen los libros, las lecturas, en las imágenes de vida de los jóvenes lectores? ¿Hasta qué punto?

Si, como hemos dicho, no hay datos suficientes en el punto n.1, la discusión de este segundo punto la planteamos como una cuestión teórica, de libre parecer, frente a lo que se afirma en el artículo.

3. Si el grupo lo cree conveniente, podrían intervenir en la discusión algunos de «esos jóvenes lectores» (aficionados a leer, no lo olvidemos) de que hablábamos en la parte primera del artículo. ¿Cuál es su opinión?

4. ¿Ha sustituido la televisión los modelos de vida que presentaban, o siguen presentando los libros? ¿Se podría desplazar la opinión de Graham Greene y decir que ahora las «opciones de futuro» para los adolescentes las plantea la TV? ¿Con qué eficacia? ¿O no existen ya modelos en el sentido del artículo?

5. ¿Qué libros le hubiera gustado a usted que leyera sus hijos e influyeran en sus decisiones o en sus imágenes sobre el futuro? Confeccionar en el grupo una lista. Comentarla. ¿Es posible motivar a los hijos a leerlos?